

El Clamor del País

antes "EL AGENTE"

PERIODICO AUTONOMISTA

Año XVIII

SE PUBLICA
MARTES, JUEVES Y SABADO

Puerto-Rico, Febrero 15 de 1890

REDACCION Y ADMINISTRACION
SAN JOSE, NUMERO 1

Num. 20

IMPRENTA DE A. CORDOVA

Plaza de Alfonso XII, 26 (Puerto-Rico)

Colocada esta IMPRENTA á la altura de las mejores de esta Isla, ofrece al público sus TRABAJOS TIPOGRAFICOS. Todos los encargos, por difíciles y complicados que sean, serán servidos con

PRONTITUD. ESMERO Y BARATURA

Al efecto cuenta el establecimiento con operarios hábiles é inteligentes y con una gran coleccion de caracteres de letras modernas y de suma elegancia.

Targetas de todas clases, timbres, membretes, recibos, letras de cambio, manifiestos, conocimientos, circulares, esquelas de todo género, programas, carteles, anuncios, periódicos, folletos, libros, estados, libros talonarios, reglamentos, adornos y cuanto al ramo de tipografía se refiere, se hará con la perfeccion que pueda ejercer cualquier establecimiento de su género en el país.

"El Clamor del País"

PERIODICO AUTONOMISTA

TARIFA DE PRECIOS DE LA SUSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Por un mes.....	\$1
Por un trimestre.....	2-75
Por un semestre.....	5
Por un año.....	9

EN EL RESTO DE LA ISLA

Por un trimestre.....	\$3
Por un semestre.....	5-50
Por un año.....	10

FUERA DE LA ISLA

Por un semestre.....	\$6
Por un año.....	11

PAGO ADELANTADO

No se servirá ninguna suscripción que no haya sido previamente satisfecha.

Precios de anuncios

Hasta seis líneas, por tres veces..... \$1
Excediendo de ese número, el precio será convencional
El envío de CLICHE proporcionará al anunciante una bonificación en el convenio.

Comunicados, reclamos y escritos de interés particular..... 10 centavos por línea
Siendo suscriptor el remitente..... 7 id. id.

Los anuncios se publicarán en la 1ª y 4ª plana del periódico; si el anunciante desea ocupar otro sitio, y la Dirección tiene por conveniente concedérselo, se abonará, por la concesión, un 10 p. sobre el importe del anuncio.

PAGO ANTICIPADO.

ADVERTENCIAS

No se admiten escritos de ningún género sin firma de autor ó de persona que asuma la responsabilidad legal.

Esa firma, aunque haya de reservarse, sustituyéndola con un pseudónimo, deberá estamparse precisamente al final del comunicado y no en carta particular.

Cuando el remitente no fuere conocido de la Dirección, habrá de dirigirse á ésta por conducto del Agente correspondiente.

La Dirección no está obligada á dar explicaciones de ningún género, cuando no crea oportuno publicar algún artículo que se le remite.

En ningún caso se devolverán los originales.

¡SE SUSCRIBE!

en las oficinas de Redaccion y Administración de este periódico, San José núm. 1; en Mayaguez, en la Farmacia Monagas; en Ponce, en el establecimiento de don Olimpio Otero, y en las demas Agencias, que oportunamente se designaran.

Puerto-Rico, Octubre 30, de 1889.

"LA NORWICH UNION"

COMPANIA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

ESTABLECIDA EN 1797

INGLATERRA

Esta COMPANIA, una de las más fuertes de Europa, tiene asegurados valores por la suma de

\$1,000,000.000

SINIESTROS PAGADOS, \$22,500.000.

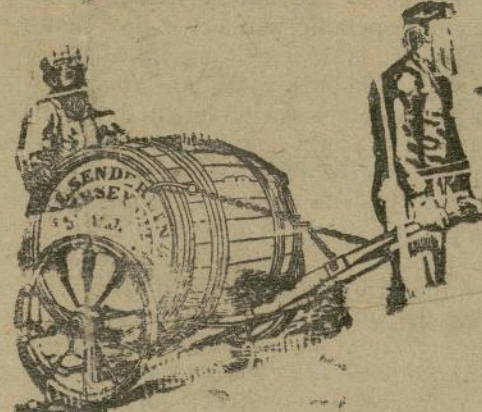
Ha nombrado representantes en esta Isla á los que suscriben:

JOSE T. SILVA, Tetuan 35 (Puerto-Rico).

CARROS ESPECIALES PARA BOCOYES.

ANTES DE CARGAR

DESPUES DE CARGADO.



ECONOMIA DE BRAZOS, TIEMPO Y TONELEROS.

No se estropean los envases al ser transportados á cualquiera distancia. Bastan dos hombres para la carga, conduccion y descarga.

Presta utilísimos servicios á los Comerciantes y Hacendados.

Para Informes dirigirse á JOSE T. SILVA, Agente.

NOTA.—HAY DE MUESTRA EN ESTA CAPITAL EN USO

DIARIO.

VENANCIO LUÑA y SOBRINO

FORTALEZA 47, 49 y 51

Importadores de viveres de todas clases y procedencias, especialidad en quesos, vinos tintos y generosos, licores finos, cervezas, vinagres, frutas y conservas alimenticias de los principales mercados de Europa y América.

En Aguas minerales, constante existencia de las legítimas de Vichy marca Hospital, Grande Grille, Contrexville, Vals, Celestins, San Hilario, Mondariz, Fuente agria, San Garnier, Insalub. Locches, Furgante Rubinat, Orezza, Panticosa, Grabalos, Zaldívar, Carabaña, y los acreditados vinos San Rafael y Peptona. Ofrecen además:

Azuilejos, losetas ó baldosines catalanes, blancos y encarnados, losetas de mármol blancas y azules, losas de Canarias de cuatro en vara.—Yeso y Cemento Portland en barriles de 180 kilos.—Pinturas, negra, verde, minio y blanco zinc, de la acreditada marca Dos Leones.—Aguarrás y aceite linaza.—Brochas de todas clases.—Hierro galvanizado acanalado y liso para cobijas.—Clavos de zinc con tuercas y arandelas.—Puntas de París y clavos americanos de una á cinco pulgadas.—Páas, picos, azadas y azadores.—Alambre de cuatro puas para cercas.—Estopa alquitranada para calafatear y algodón en desperdicio para limpiar maquinas.

Son igualmente importadores de las acreditadas marcas de cigarrillos de la Habana La Belleza, (Pajarito), de don Andrés Rodríguez; Corona de Segundo Alvarez y Co., Hdaigula de Susini y Legitimidad de Prudencia Rabell. Venta al por mayor y al detall.

CASA-PENSION

SAN JUAN BAUTISTA

LUNA 50.—PUERTO-RICO

DIRECTOR

D. JOAQUIN MASFERRER Y BERRINS

Se admiten alumnos internos, medipensionistas y externos de 1ª y 2ª enseñanza.

Los primeros pagarán \$75, \$36 los segundos y \$12 los últimos, por trimestre anticipado.

Educación científica, religiosa, social, y el más esmerado trato.

La alimentación, asistencia y aseo, hasta en los mas mínimos detalles no dejan nada que desear.

La dirección espiritual está encomendada á un ejemplar sacerdote, ilustrado, modesto y virtuoso.

CANADO

En una estancia inmediata á Bayamon, en las cercanías del puente de los REYES CATÓLICOS, compuesta de terrenos de vega, se toman AL CUIDO reses á precios módicos.

También se toman á PARTIR UTILIDADES reses pequeñas.

Además SE CUIDAN CABALLOS á PESEBRE ó AL PASTO, según convenga, á precios módicos.

Los pastos son inmejorables y de ello podrá cerciorarse el que lo desee.

LA SOCIEDAD ANONIMA Establecimientos Cal DE PARIS.

que ha hecho perfecciones importantes en la construcción de toda clase de máquinas y aparatos para la fabricación de azúcar y destilación así como también en la de puentes y locomotoras, ofrece sus trabajos al precio reducido por medio de sus agentes generales en esta isla.

JOSE T. SILVA

EMULSION

—DE—

Aceto de Hígado de Bacalao DE NORUEGA



PREPARADA POR

LANMAN & KEMP

la Mejor y más Eficaz de Todas.

Cura infaliblemente todas las enfermedades de

la Garganta y los Pulmones

AUMENTA LAS CARNES

y hace desaparecer la demacración con rapidas asombrosas.



ESTE PARA ALUMBRADO Luz Diamante.

DE LA FABRICA

LOGMAN & MARTINEZ,

NEW-YORK

LIBRE DE EXPLOSION HUMO Y MAL OLORES

170ºgrados Fahrenheit

Este aceite está fabricado por una destilación especial, exclusivamente para el uso doméstico y muy particularmente donde hay niños. Es cristalino como el agua destilada. Su luz es clara, brillante y sin olor.

ES TAN COMPLETAMENTE SEGURO

que si la lámpara se quiebra por casualidad, la llama quedará extinguida en el acto. Está envasado en la misma forma que el kerosina corriente, teniendo las latas un sifón de Patente que permite llenar las lámparas con la misma lata, sin derrames de ninguna especie. Las mismas lámparas en uso en la actualidad sirven para la Luz Diamante, limpiándolas y poniendo mechas nuevas que no estén saturadas con otra clase de kerosina.

También envasamos la Luz Diamante en latas de 1 y 2 galones, expresamente para el uso de familia.

DE VENTA

EN TODOS LOS ALMACENES DE VIVERES EN PUERTO-RICO

27-75

ALMACEN

DE

MUEBLES

DE SUCESORES

DE J. MASJUAN & COMPANIA

San Francisco 44.—(Puerto-Rico).

Ponemos en conocimiento de nuestros numerosos favorecedores y en el del público en general, que por los últimos vapores que han entrado en puerto hemos recibido un completo y muy elegante surtido de MUEBLES, procedentes de las mas acreditadas fábricas de Europa, que en ELEGANCIA, SOLIDEZ Y BARATURA no tiene rival.

¡MUCHA ATENCION!

Llamamos la del público para que tenga especial cuidado en los engaños con las falsificaciones de las sillerías bejuco. ¡OJO! Solo son legítimas las fabricadas por los Señores Jacobo Josef Konh de cuya fábrica somos los únicos Agentes para toda la Isla y remitiremos gratis catálogos de ellas a todos los residentes fuera de la Capital, que los soliciten.

Las sillerías bejuco falsificadas, al poco tiempo se deterioran, rajándose toda la madera y el comprador gasta su dinero sin provecho. Para evitar falsificaciones, cada pieza de sillería fabricada por los señores J. J. Konh, lleva el sello de la fábrica; y las espigas, en vez de ser de maderas como emplean las demas fábricas, son todas de HIERRO PATENTE, lo que influye a su duracion y la gran facilidad de montarlas y desmontarlas por cualquier persona.

Con las sillerías, fabricadas por los señores J. J. Konh, obtendréis un mobiliario elegante, muy sólido y mas barato que los de las demas fábricas.

¡Venta a plazos y a precios equitativos!

GARANTIZAMOS SU DURACION.

Desconfiad de las sillerías que no llevan el nombre del fabricante. Por muy baratas que las vendas resultan caras por su poca duracion y se raja la madera. No compréis sin ver antes la de los señores

JACOB JOSEF Y KOHN

JULIAN SILVA

DEPÓSITO

DE

MAQUINAS DE COSER

CRUZ, 21 (PUERTO RICO)

En esta casa encuentran de venta y de alquiler MAQUINAS DE COSER de los mejores sistemas. Piezas de repuesto, accesorios y agujas de todas clases.

También se hacen composiciones de las mismas por difíciles que sean.



21.—Cruz.—21

EL CLAMOR DEL PAÍS

Director Propietario: Salvador Brau

PUERTO-RICO, FEBRERO 15 DE 1890

BIEN ALTO Y BIEN CLARO

La correspondencia madrileña que ha dado lugar a las refutaciones del señor don José T. Silva, publicadas en nuestros últimos números, apellida *intencionado* al comentario que EL CLAMOR DEL PAÍS dedicara al *Manifiesto* dado a luz por aquel amigo en el mes de diciembre. Suponemos que el corresponsal se contraía al artículo *Nuestro parecer*, publicado el día 7 del citado mes, y si es así—que debe serlo, pues no nos hemos vuelto a ocupar del consabido *Manifiesto*—precisa que nos detengamos a recoger ese calificativo, toda vez que hemos llegado a un punto en que cada cual procura fijar la exactitud de las cosas.

Que sin intención no hubiéramos podido escribir aquellas cuartillas, no hay para qué decirlo, pues sin objeto no se exponen ideas en la prensa; pero que el propósito nuestro, en aquel caso, fuera otro distinto del que expusieramos, es lo que nos importa esclarecer, ya que se ha querido unir nuestro artículo al *Manifiesto* del señor Silva, para llevar ambos papeles al pretorio. Puesto que se reconoce que hay por aquí propensión a las *caras íntimas* y a los *cuentos maliciosos*, no habrá de extrañarse que nos cuidemos de determinar bien la índole de las intenciones que, respecto del señor Labra y del señor Silva, abrigamos.

El nombre de don Rafael María de Labra llegó a nuestros oídos hace veinticinco años, época en que, muy jóvenes aún, ya aplicábamos el ánimo a observar los negocios públicos, recogiendo enseñanzas de aquellos que a impulsarnos por los derroteros democráticos se dedicaban. Desde entonces hemos venido siguiéndole paso a paso en su carrera de triunfos, reconociendo su vasta ilustración, su inagotable elocuencia, su infatigable actividad y el alto espíritu de justicia con que ha reclamado, día tras día, para las Antillas la vida del derecho y de la libertad, tal como correspondía a ciudadanos españoles.

Los documentos que Silva acaba de dar a la publicidad demuestran que don Rafael M^a de Labra, con su clarísimo talento y su peripetia penetración, entendió con nosotros, que hombres como Silva deben ir al Parlamento, donde se necesitan aptitudes varias, por razón de lo complejo de las cuestiones que allí se debaten y por la conveniencia de que en la discusión de los asuntos coloniales intervengan personas interesadas directamente en su resolución.

Don José T. Silva fué uno de los nombres que tuvimos en la memoria al escribir nuestro artículo *¿Se acabaron los Puertorriqueños?*; artículo en que guiados, no por un egoísmo infundado que somos incapaces de sentir, sino respondiendo a enseñanzas que del mismo Labra habíamos recibido, tratamos de encauzar la opinión, recomendando que se viese si entre nosotros había alguno apto para llevar nuestra representación a las Cortes, antes de solicitar fuera de aquí quien nos favoreciese en ese empeño. Silva nos hizo saber que no aceptaba; rehusando ese honor como lo había rehusado por otras causas en las dos veces que el mismo Labra le instara a obtenerlo. Nada más tuvimos que decir; nada dijimos contra la elección de Moya recomendada de Labra. De la conducta que observamos entonces estamos satisfechos, y volveríamos a observarla tantas cuantas veces se nos presentara igual ocasión.

Más por consecuencia de hechos que son del dominio público se vio Silva obligado a dirigir al cuerpo electoral un *Manifiesto*; teníamos el derecho de comentarlo y lo comentamos, obedeciendo al criterio que respecto del manifiesto acabamos de exponer. ¿Estábamos nosotros obligados a guardar silencio? ¿Por qué motivo? ¿Debimos callar para que se creyese que otorgábamos aquiescencia a los cargos injustos que se imputaban a un correligionario de valía? No; nosotros rendimos culto a la justicia y a la verdad, y no estamos tan sobrados de hombres dispuestos a sacrificarse por nuestra causa, para que así tratemos de echar un estigma injurioso sobre quien no ha venido a buscar a la política provechosos sino a correr los azares consiguientes a un partido mirado

le preocupó largo tiempo; y a la vez que así propendía a esos y otros progresos económicos, seguía consecuente las vicisitudes de la agrupación política en que gustoso había querido militar, sufriendo, como cualquiera de sus correligionarios, los desdenes burocráticos y los enconos de los adversarios que ni aún un puesto en la Diputación provincial le quisieron conceder, postergándole a un extranjero para que tuviese más color el desaire. Ese hecho solamente basta para probar el desafecto con que han favorecido a Silva aquellos que, no una vez sola, han tratado de hacer creer que en las filas liberales no militan en Puerto-Rico más que hombres faltos de arraigo ó sin la representación que en ciertos círculos sólo se concede al capital.

Como se ve la distancia entre Labra y Silva es evidente. La notoriedad del primero en la política nacional ha adquirido los relieves de un estadista de primer orden; la del segundo se bosqueja solamente en los centros financieros a donde alcanza su fama: locura fuera establecer un paralelo entre uno y otro, y necesidad supina el creer que haya alguien capaz de establecerlo. Lo que a nosotros nos interesa es el concepto de respetabilidad. El primero hubo de encontrarse un día sólo en las Cortes, defendiendo la autonomía administrativa de las Antillas; el segundo vino a encontrarse solo casi en el primer centro comercial de nuestra isla, formado con corta excepción por los adversarios de la autonomía, contribuyendo el uno a auxiliar los altos empeños del otro, no ya, con el concurso material sino también en la fuerza moral que ha prestado a nuestra causa la energía pasiva y la consecuencia trascendente de su adhesión y de sus actos ostensibles.

La admiración que tributamos a Labra en nada podría sentirse menoscabada por la consideración que concedemos a Silva. Por el contrario, nos creemos siempre obligados a corresponder a los esfuerzos de quien así se brindaba a auxiliarnos, poniéndolo en actitud de dar mayor importancia a sus servicios.

Los documentos que Silva acaba de dar a la publicidad demuestran que don Rafael M^a de Labra, con su clarísimo talento y su peripetia penetración, entendió con nosotros, que hombres como Silva deben ir al Parlamento, donde se necesitan aptitudes varias, por razón de lo complejo de las cuestiones que allí se debaten y por la conveniencia de que en la discusión de los asuntos coloniales intervengan personas interesadas directamente en su resolución.

Don José T. Silva fué uno de los nombres que tuvimos en la memoria al escribir nuestro artículo *¿Se acabaron los Puertorriqueños?*; artículo en que guiados, no por un egoísmo infundado que somos incapaces de sentir, sino respondiendo a enseñanzas que del mismo Labra habíamos recibido, tratamos de encauzar la opinión, recomendando que se viese si entre nosotros había alguno apto para llevar nuestra representación a las Cortes, antes de solicitar fuera de aquí quien nos favoreciese en ese empeño. Silva nos hizo saber que no aceptaba; rehusando ese honor como lo había rehusado por otras causas en las dos veces que el mismo Labra le instara a obtenerlo. Nada más tuvimos que decir; nada dijimos contra la elección de Moya recomendada de Labra. De la conducta que observamos entonces estamos satisfechos, y volveríamos a observarla tantas cuantas veces se nos presentara igual ocasión.

Más por consecuencia de hechos que son del dominio público se vio Silva obligado a dirigir al cuerpo electoral un *Manifiesto*; teníamos el derecho de comentarlo y lo comentamos, obedeciendo al criterio que respecto del manifiesto acabamos de exponer. ¿Estábamos nosotros obligados a guardar silencio? ¿Por qué motivo? ¿Debimos callar para que se creyese que otorgábamos aquiescencia a los cargos injustos que se imputaban a un correligionario de valía? No; nosotros rendimos culto a la justicia y a la verdad, y no estamos tan sobrados de hombres dispuestos a sacrificarse por nuestra causa, para que así tratemos de echar un estigma injurioso sobre quien no ha venido a buscar a la política provechosos sino a correr los azares consiguientes a un partido mirado

con sobrada prevención, comprometiendo por ello intereses propios de cuantía.

Esa fué la intención que movió nuestra pluma al comentar el *Manifiesto* de don José T. Silva. No pretendimos inquietar al señor Labra a quien respetamos, ni mortificar al señor Moya a quien estamos unidos por la fraternidad de la prensa. Pretendimos, sí, que el lector conociese nuestra opinión, que tiene el valor de la de cualquier otro correligionario, sobre un hecho que ha venido a ahondar de modo más profundo la escisión que temerariamente se ha introducido en nuestras filas.

Y ya que se presenta ahora oportunidad, nos hacemos cargo de una imputación gratuitamente lanzada sobre nuestro Director a propósito de una correspondencia que ha aparecido en *El Día* del 28 de diciembre. Ni Salvador Brau conoce al director de *El Día*, ni sabe quienes son los redactores de ese diario, ni mantiene relaciones con ellos, ni gasta su tiempo enviando correspondencias a periódicos peninsulares sobre cuestiones que puede tratar ampliamente en estas columnas. Pero, sea quien fuere el autor de esa epístola, es innegable la exactitud de su apreciación sobre la falta de armonía que nos consume y que se debe a la aplicación de procedimientos no autorizados por nuestra Constitución, cuyos preceptos, que el mismo señor Labra recomendaba no alterar ni modificar, son la única norma a que debemos atenernos.

Pretender que esa armonía perdida se recobre con el sometimiento de los unos al capricho de los otros, a pretexto de una disciplina despotica, anuladora de la crítica racional cuyo ejercicio no puede cohibirse por nadie, equivale a pretender que lo que hasta ahora sólo ha tenido el carácter de un perturbador de desahogo, concluya por convertirse en definitiva división.

No hablamos así por nuestra sola cuenta; tenemos, como periodistas, el deber y los medios de pulsar la opinión, y hasta nosotros llegan constantemente reproches por la actitud expectante y conciliadora que hemos adoptado, no queriendo en modo alguno contribuir al desarrollo de acontecimientos que no es con agracia inactivos ni con desahogos virulentos como se han de contener.

Para esto se necesita la influencia de una voz respetable, y esa voz no puede ser otra que la de don Rafael M^a de Labra, a quien hemos nombrado *leader* no sólo para que nos señale derroteros en el océano de la política, si que también para que nos guíe lejos de las vorágines que, por la mala aplicación de los dogmas, puedan surgir en nuestra ruta.

Niegue esa voz, que tantas veces vibró en la tribuna censurando los desaciertos del Gobierno, el derecho de censura que, como periodistas, nos concede el programa de 1887 sobre los actos de nuestros propios hombres; formule esa voz, a que tanta autoridad dieron los sufragios puertorriqueños, la sentencia anulando el derecho de los hijos de Puerto-Rico a representar a su provincia en las Cortes nacionales; decreta ella el sometimiento avasallador, el mutismo servil a todo acto autoritativo, desconsiderado y malicioso; proclame como dogma el insulto a diario adjudicado por recompensa a todos aquellos que, en la medida de sus fuerzas, llevaron un grano de arena a la obra de la libertad común, y al oír todo eso de aquellos labios que nos acostumbraron al consejo prudente, a la reflexión circunspecta, al procedimiento conciliador, al examen imparcial de hombres y de hechos y a la confianza absoluta en la justicia, cediendo entonces la autoridad del maestro, acallaremos nuestra inteligencia torpe ya para aprender nuevas doctrinas, y romperemos nuestra pluma inepta para fortificar aquello mismo que combatía.

He ahí nuestra intención: no hay que buscarla entre líneas.

INDULTADOS!

Desde el día 28 del pasado enero ha recaído sentencia definitiva en la célebre causa de Juan Díaz, disponiendo la Sala de Justicia de la Excmo. Audiencia, oído el parecer del señor Fiscal de S. M., que se *soresista libremente y se archive*, por hallarse comprendidos los acusados en el Decreto de indulto a que hiciera referencia el Ilmo. señor don Ricardo

Díaz de Agero en su discurso de apertura de Tribunales.

Ya lo saben todos cuantos sufrieron la tacha de conspiradores contra la integridad nacional en 1887, y hubieron de verse atropellados personalmente y sometidos a duras prisiones. La gracia del indulto les cobija: ¡Están perdonados!

Midan los interesados y mida el partido autonomista, a quien se quiso complicar en aquella conspiración, la trascendencia de ese fallo, del cual no se puede aplazar porque es ejecutorio en absoluto, y acatando la determinación superior, recuérdese que en tiempo oportuno llamó la atención EL CLAMOR DEL PAÍS sobre la lentitud con que marchaba ese proceso y sobre la conveniencia política de procurar que se siguiese por todos sus trámites, hasta obtener el esclarecimiento de los hechos y con él la reivindicación de los inocentes y el castigo de los culpables.

El consejo se desoyó y hoy sólo cabe aceptar la Real Gracia que a todos los procesados cobija y que les permitirá decir: ¡Estamos perdonados!

CORREO DE LA PENINSULA

Madrid, 28 de enero de 1890.

Mi querido Director:

El vértigo de la vida moderna atropella los sucesos, y, de sorpresa en sorpresa, se va pasando la existencia como si fuéramos viajeros de un tren relámpago.

Hace no muchos años que con cualquiera de estos últimos y culminantes acontecimientos hubiera habido tema de discusión y polémica para un año; hoy, como espectadores de cuadros disolventes, apenas si nos dejan las inesperadas sensaciones hucos en la inteligencia para alajar el recuerdo de las que acaban de desvanecerse.

Un mes hace que tuve la honra de dar cuenta a los lectores de EL CLAMOR de las impresiones políticas y literarias de Madrid, y desde diciembre acá, los sobresaltos, las angustias y los conflictos políticos se han sucedido hora a hora.

La epidemia, hiriendo con golpe mortal y seguro, y arrebatando a Madrid, en el transcurso de 20 días, 2800 víctimas, llegó a engendrar en este pueblo, despreocupado y burlón, verdadero pánico; la notoriedad de muchas de las víctimas hizo aún más aterrador el espectáculo que cuando la invasión cólera de 1885, porque entonces cayeron a centenares los anónimos, y en los partes de las batallas—triste es confesarlo—causa más impresión la baja de un capitán que la de media compañía.

El telégrafo ha hecho ya, para usted, vieja y olvidada la gravedad del rey, que, por la tradición histórica de la dinastía, preocupaba aún más que por la complicación constitucional; pero la salud del rey, quebrantada únicamente por un ataque agudo de la gripe, que con la altura de su fiebre, más sensible en los niños, una pequeña complicación gástrica y el natural temor que engendra entre palacios las enfermedades de los reyes, hicieron cundir la alarma por todos los ámbitos de la nación; alarma que no dejaron de aprovechar los que buscan la fortuna entre los azares de la política y la Bolsa, y alarma que no dejó de desagradar a los partidos monárquicos, que han traducido por entusiasmo dinástico, vehementemente y apasionado, lo que en este pueblo hidalgo y generoso es el mero movimiento compasivo y poético que inspira un niño que sufre y una madre que implora.

Las democracias no tienen nunca, contra los reyes, rencores insaciables, si los tuvieron, y mucho menos contra los reyes niños, reyes de derecho únicamente; los grandes odios, que se despedazan y aniquilan, son patrimonio de reyes contra reyes.

La muerte, sentida aquí por todas las clases sociales, de don Amadeo de Saboya, ha traído a la memoria de muchas gentes, que uno de los primeros actos de la restauración borbónica fue borrar el nombre del príncipe Manuel Filiberto y el de doña María Victoria, de las lápidas que en el asilo de las lavanderas y en el instituto optimista de Loreto re-

cordaban la caridad cristiana de aquella reina, que renovó entre nosotros el ejemplo de las reinas castas, sabias y prudentes.

Vengamos a la política candente, dejando a un lado las alegrías y las tristezas palaciegas, porque, como en cierta ocasión análogo dijo hermosamente el más feo de nuestros hombres políticos, "los ángeles no se discuten."

Y precisa dejarlo, porque de lo contrario sería necesario echar por los caminos de la sátira, dura y contundente, al oír a un periódico ministerial decir la otra noche, con motivo de la mejora del Rey, que el Presidente del Consejo había tenido el alto honor de conversar con S. M. el Rey un largo rato. No añadía si trataron de la cuestión ibérica, de política interior, ó de los caballos de cartón de la plaza Mayor; la discreción cortesana habrá impedido al propio Sagasta, viejo ya y machucho en el ejercicio de la prudencia, revelar el alcance é interés de la honrosa plática, no fuese esta a caer en manos de cinceladores.

La solución de la crisis ha sido un verdadero golpe de efecto dramático; pero no por eso deja de tener, la resolución real, su lógica y su punto de vista.

En mi carta anterior explicaba a Vd. la íntima existencia que el partido fusionista conlleva con la *Reforma*, que sortea sus aptitudes de inteligencia y de carácter, tiene forzosamente que obedecer a su naturaleza femenina, marchando siempre hacia los resultados prácticos.

Las tertulias íntimas de los conjurados no constituyen un partido; la subida de los conservadores, en estos momentos en que la caída del partido liberal era la pérdida del sufragio universal, hubiera podido ser motivo y pie de escándalo, voz de alarma que la democracia hubiera dado contra la política personal de la monarquía. Cuando Sagasta se encontraba desligado, por el rompimiento de la conciliación, de todos los compromisos particulares en que había venido empeñándose, es decir, cuando Sagasta estaba ya remozado, casi puro y sin mancha, tornar a la confianza de Sagasta era como volver a los comienzos del pacto del Pardo.

La habilidad felina de Sagasta ha consistido esta vez en traer con astucia a todos los descarriados de su rebaño, a que muestren a la faz del mundo lo inconciliable de sus ambiciones, lo discordante de sus propósitos, la nota personal que cada uno, desde su despacho, pretendía dar a la política española.

Entretanto, Cánovas, con su autoridad dictatorial, ha impuesto a su partido el desprecio del poder y de las vanidades mundanas, estoicismo heroico a que pueden dedicarse él y Elduayen y otra media docena de prohombres; pero que a la masa de ex-gobernadores, ex-directores y ex-jees de negociados, va poniendo en peor situación que aquella en que se adora en los altares al mártir San Sebastián.

Adivino una pregunta que va usted a formularme al leer estas líneas: ¿si Cánovas hubiese formado tenaz empeño, habría obtenido la confianza de la Corona? Sin duda alguna.

El dilema era concreto, y de todas las personas a quienes la Reina pidió consejo, sólo Martos, obligado por el aboleo de su política, aconsejó la formación de un gabinete ampliamente liberal.

De los demás conferenciados ninguno tuvo una actitud enérgica, decisiva, concluyente, amenazadora, si este último calificativo no está reñido con los respetos monárquicos; por eso la Regente, con su sentido práctico dedicada a liberalizar la monarquía, vio con gozo una nueva etapa de poder en el porvenir de Sagasta.

Los hechos posteriores han sancionado con quebranto y menoscabo del prestigio parlamentario, la autoridad de Sagasta, y cuando todo el mundo esperaba un tumulto en el Congreso y hasta un tumulto y medio en el Senado, nadie ha tenido un argumento de peso que oponer a la confianza ilimitada que la Regente presta a Sagasta, que con su ministerio remendado y su risa burlona de vividor alegre, ha oído los reproches del marqués de Sardoal, y las frases apocalípticas que desde el fondo de su tumba lanzaba Barzanallana.

repetía Magdalena: señor barón, ¿dónde está el subterráneo en que habéis encerrado la noche pasada a vuestra hermana Whillemina?

Magdalena conocía que el desgraciado Enrique no se hallaba en estado de aclarar este punto, y ya se iba a abandonar enteramente a la desesperación cuando de pronto la ocurrió una idea.

—Mi hijo lo sabe todo! exclamó; no ha querido decirme la verdad, pero la dirá si vos se lo mandáis.

—Pues hazle venir aquí; mándale de mi parte...

Al instante Magdalena Reutner con una voz que la inquietud había hecho penetrante, llamó a su hijo; pero no recibió ninguna respuesta. Bajo ruidosamente la escalera danzando voces; pero Fritz no parecía. Recorrió sucesivamente todos los cuartos, bajó al jardín, y salió al sendero que conducía a la aldea mirando por todos lados, pero ninguna voz respondía a la suya. Entonces se acordó de una circunstancia que las angustias de aquel día habían ahuyentado de su memoria; Fritz debía estar en camino para Heidelberg.

Un sudor helado corría por la frente de Magdalena.

—Se ha marchado! dijo alzando los ojos al cielo, y no debe volver hasta mañana. ¿Cuándo, ya será tarde!

Y al decir esto, corrió a la puerta exterior del castillo, pero sin duda Fritz se había marchado hacía tiempo; el camino estaba desierto. Sin embargo, en el momento en que iba a entrar, distinguió en el sendero que serpenteaba por debajo de ella, un grupo de hom-

¿Y del encono de la conjura, qué se hizo?

¿Qué fué de la ira de los generales? Nada; erguido Sagasta sobre la inutilidad de Alonso Martínez, parecía desdenar a unos y a otros. Filtros misteriosos sin duda ayudan a su triunfo; amuletos y sortilegios del éxito. Si no se tratara de firmes de diamantes, diría que los enemigos de Sagasta parecen sobornados.

La cuestión Portugal llamó aquí un poco la atención, y si hubiera un hombre capaz de encauzar el lema democrático de la Unión Ibérica, la bandera podría temblar muy alta; pero se necesitaba un hombre del empuje de O'Donnell ó de Prim, y estos de ahora son militares filósofos, soldados que tiran más del *ergo* que del *sable*.

¿Y los hombres civiles? me dirá usted:

¡Ay amigo! de esos uno hay, sólo uno; pero vive asustado del precipicio que abrieron a sus pies la perfidia de unos malvados y las exageraciones de unos ilusos; teme a la propaganda democrática sintetizada en su sola y verdadera fórmula, y perdido ya el entusiasmo juvenil por los grandes ideales, se entretiene, como fiera domada, en jugar con un niño; es el que, oculto en los derroteros del partido liberal, monárquico.

Las combinaciones diplomáticas se impondrán a todos los impulsos arrebatados del pueblo portugués, y los fuertes humillarán a los débiles, por que las leyes de la naturaleza no se cambian.

Y olvidando por un momento estas miserias de la política, en que se lucha más por la vida que por las ideas—tristesza de la empleomanía, segunda naturaleza, del pueblo español—y pensando en algo serio, práctico y trascendental, diré a usted que la situación del Banco de España es una preocupación gravísima, la necesidad del empréstito urge, y este será el único medio de arreglar por el momento la situación.

ciudad de crédito, buena del país, y que liquidar el tesoro.

Adelardo Ortiz de Pinedo.

EN BIEN DE TODOS

Vuelven otra vez las quejas—ahora proceden de Fajardo—sobre extracción de billetes del correo, ó, mejor dicho, sobre pérdida de la carta que los contenía, a lo cual hemos de agregar, por nuestra cuenta, la pérdida de otra conteniendo un giro sobre Ochoa hermanos, que desde Manatí se nos remitiera en 26 de enero.

No hemos puesto nunca en duda la probidad de los empleados de comunicaciones ni su escrupulosidad y pericia; pero las quejas se repiten y con ellas coinciden algunos rumores que no patrocinamos, si bien que nos permiten dirigir al señor Administrador general las siguientes preguntas:

¿Se sellan los sacos que contienen la correspondencia, como se hacía antes?

¿Tienen cerraduras ó candados de patente las baltas, como está mandado?

¿Acompaña como siempre el postillón a los carretillos que suben desde el muelle la correspondencia que llega por Cataño?

¿Será cierto que hace pocos días se perdió un certificado que contenía billetes, y luego pareció con algunos menos?

¿Puede saberse si hay algo de verdad en la aparición de un saco de correspondencia, en el trayecto de Bayamon a Vega-baja?

Conviendría que una voz autorizada afirmase ó denegase categóricamente esas preguntas, y en bien del público y para satisfacción de los mismos funcionarios, que han de sentirse molestados con las indicaciones constantes que se traen a los periódicos, esperamos que el señor Ayuso oiga nuestra súplica.

Acaso no fuera difícil dar con la clave de tantos extravíos. Interésese el Jefe principal en esclarecerlo, que conviene a todos.

bres que llevaban al galope sus caballos, a pesar del peligro que había en correr así por un terreno aspero y pedregoso. Magdalena reconoció entre los jinetes a Segismundo y a Rutter, que metían las espuelas a sus caballos cuervos ya de espuma.

—¿Que queren aquí? exclamó con la ironía del dolor; ya no encontrarán en el Steimberg sino la muerte y la locura.

XXX

Ahora debemos introducir al lector en ese horrible *Camino de la nada*, donde Whillemina y Frantz se hallaban expuestos a todos los horrores del hambre.

Whillemina estaba animada y yerta sobre los desventurados sillones que amueblaban aun la angustia tesorería del Steimberg. Frantz por el contrario, habiendo conservado su razón, conocía perfectamente el horror del porvenir que les esperaba. Habíanse arrojado mutuamente sobre el humedo suelo del calabozo; pero sus manos y pies estaban bien atados y toda tentativa para huir o para volver a lucrar con el barón, habría sido infructuosa.

Sin embargo, en tanto que el mayor y Fritz pudieron oírse, les suplico descargasen su odio contra él solo, dejando en libertad a Whillemina.

Pero bien luego la luz desapareció; la maza puerta del calabozo volvió a cerrarse, y los pesados cerrojos quedaron corridos. Un momento después el ruido de los pasos se fué debilitando, y un silencio sepulcral reinó por todas partes.

FOLLETTIN

32

Blas Borrieth

EL NIDO DE OIGÜENAS

Sin embargo, se sostenía aún sobre sus patas, procurando guardar el equilibrio apoyada contra la torrecilla, Magdalena reconoció al punto al jefe de la familia, al favorito del barón Hermann, al *kinkende* que había sido herido por el mayor en un acceso de su ciega cólera.

Sin duda, algún perdigón que Frantz no había visto, penetró en los órganos vitales, y el pobre animal, sintiéndose herido mortalmente, había gastado las pocas fuerzas que le quedaban para ir a morir en su nido.

Sea como quiera, la hembra y sus hijuelos con el maravilloso instinto que atribuyen los naturalistas a esta interesante especie, continuaban lanzando tímidos gemidos, muy diferentes de los vivos y agudos gritos con que acostumbraban a pedir su comida.

La madre, por su parte, iba y venía sin cesar en torno del *kinkende*, como animándole a remontar el vuelo; muchas veces trató de llevarle en sus alas como hacía con sus pequeños, pero el herido permanecía insensible a todo, pareciendo decir con su actitud abatida:

¡Dejadme morir en paz!

Esta singular escena que pasaba entre la tierra y el cielo, y en el momento en que amenazaba una gran tempestad, había conmovido profundamente a Enrique de Steimberg, que seguía con ansiedad cada peripetia

de este pequeño drama; cada incidente tenía para él una significación positiva.

Sin embargo, se conocía que las ideas superstitiosas, resultado de su locura, le atormentaban por momentos, pues dijo una vez en alta voz, mirando al *kinkende*:

—No, no; eso no puede ser efecto del instinto animal. ¡Son los demonios que han tomado la forma de esas aves protectoras de mi familia!

—No son los demonios, señor barón, dijo una voz vibrante detrás de él; son unos pobres seres a quienes la Providencia ha dotado de cualidades suficientes para enseñar a los hombres crueles la piedad y la mansedumbre.

Enrique se volvió, y no aparentó sorpresa ninguna al ver a Magdalena.

Después de haberla hecho con la mano un ademán para que guardara silencio, se puso otra vez de codos sobre el pretil con los ojos fijos en la torrecilla.

Magdalena le imitó sin hacer ruido; la calma del mayor le parecía de buen agüero; quizá se estaba preparando en la turbada inteligencia de su amo, una crisis benéfica.

De repente el *kinkende* pareció salir de su misterioso letargo. Acordándose acaso de que, en dos distintas ocasiones, él quizás obedeciendo simplemente al instinto de los individuos de su especie, la cigüeña alzó su cabeza hacia el barón de Steimberg, y luego, enderezando con lentitud su onduloso cuello, agitó débilmente sus abatidas alas.

Todos estos movimientos tenían una gracia y una languidez que inspiraban el más tierno

afecto, era una queja melancólica y una carita, una senal de carno y de despedida.

—Señor barón, murmuró Magdalena con solemnidad, solo los hombres tienen sentimientos de odio y de venganza; los animales no conocen tan feroces pasiones; ¡la pobre cigüeña no sabe odiar a su asesino!

Mientras hablaba, el barón seguía observando atentamente al *kinkende*. Los movimientos de sus alas se iban debilitando cada vez más; las ondulaciones de su cuello cesaban poco a poco, y sus encarnados pies temblaban bajo el peso de su cuerpo. Por fin empujó la poca fuerza que le quedaba en esconder su pico de coral debajo de una ala, como si fuera a dormirse, y por último, se estremeció brevemente y se quedó inmóvil. En el mismo instante un relámpago descendió bruscamente del horizonte; la cigüeña tembló alzo su vuelo dando dos o tres vueltas en torno de la torrecilla; los pequeños lanzaron lastimosos gritos en el fondo de su nido. El barón y Magdalena se hallaban sobrecogidos de una especie de terror religioso.

—¡Ya murió! dijo por fin, Enrique con acento sordo.

—¡Ya murió! repitió Magdalena, y su muerte es para vos, señor de Steimberg, un ejemplo de clemencia, y de perdón! señor barón, mi noble amo, ¿seréis menos generoso que el *kinkende*? Perdonad también, perdonad a vuestra pobre Whillemina a quien habéis condenado al destino más horrible con su desgraciado esposo.

El mayor alzó su cabeza lentamente y mirando a Magdalena, la dijo:

—¿Qué queréis de mí? ¿qué habéis de

